

I
EL SÍMBOLO

Núm
Núm
Núm
Proc
Prec
Fech
Clas
Cata

Tuércele el cuello al Cisne...

*Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje
que da su nota blanca al azul de la fuente;
él pasea su gracia no más, pero no siente
el alma de las cosas ni la voz del paisaje.*

*Huye de toda forma y de todo lenguaje
que no vayan acordes con el ritmo latente
de la vida profunda, y adora intensamente
la vida y que la vida comprenda tu homenaje.*

*Mira al sapiente buho cómo tiende las alas
desde el Olimpo, deja el regazo de Palas,
y posa en aquel árbol su vuelo taciturno.*

*Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta
pupila que se clava en la sombra, interpreta
el misterioso libro del silencio nocturno.*

DE «LOS SENDEROS OCULTOS»

II
LA MUERTE DEL CISNE

La Canción de la Vida

A LUIS G URBINA.

La vida está cantando afuera,
la vida dice: «ven acá.»
En el jardín hay un olor de primavera,
himnos de zumbos en el viejo colmenar.

La vida dice: «en el bosque
palpita el alma universal.
Ven a fundirte en las plegarias del paisaje
y en los milagros de la luz crepuscular.»

Huye el enjambre que semeja
nube que flota, viene y va.
La vida dice: «no hay un alma en cada abeja,
más tiene un alma el sonoro colmenar.»

Llevando a cuestras su fatiga,
la hormiga cruza el arenal.
La vida dice: «no hay un alma en cada hormiga;
el hormiguero tiene un alma espiritual.»

La vida dice: «en el profundo
abismo, todo rodará,
hombres y cosas . . . El espíritu del mundo
alza en las sombras de la muerte su fanal.»

La vida está cantando afuera,
la vida dice: «ven acá.»
En el jardín hay un olor de primavera,
himnos de zumbos en el viejo colmenar.

Y yo le digo: «del paisaje
conozco el alma colosal

y sé fundirme en las plegarias del bosque
y en los milagros de la luz crepuscular.»

«Ya me he sentido ser la gota
de algún oculto manantial;
en la garganta de algún ave he sido nota
y hasta perfume en los efluvios del rosal.»

«Mas en mis reinos subjetivos
do sólo yo sé penetrar,
se agita un alma con sus goces exclusivos,
su impulso propio y su dolor particular.»

Al Espíritu del Árbol

¡Oh, tu quietud vibrante, tu magnánima calma sonora,
la que enraiza en el hondo corazón de la tierra bendita,
y tus hojas que fingen, en un raptó de sed infinita,
la visión insaciada, la pupila que todo lo explora!

Somos signos fraternos; es la misma la queja que llora
en tu arrullo y mi canto; es el mismo el afán que se agita
en tu savia y mi sangre; y el idéntico anhelo gravita
tan tenaz, que no extingue ni perturba el correr de la hora.

¡Ah, ser firme y sereno con el ansia tendida a lo ignoto,
y afanzado a la vida, ir buscando en un vuelo remoto
el anímico rastro de las aves, las notas y el viento;

allegarse a lo humilde, ascender con el ala que sube
y ser sombra a la fuente, paz al niño, sonrisa a la nube,
y a la vez ser inmoble, majestuoso como un pensamiento!....

Ánima trémula

Hay un suave dolor en mi esperanza
que ni aduerme el afán ni acorta el vuelo.
¡Ah, mi llorar mientras la noche avanza,
vuelta la faz al cielo
en un sereno asombro sin mudanza:
y aquel suave dolor en mi esperanza
que ni aduerme el afán ni acorta el vuelo!

Alma, soñaste ser como la fuente
recatada en la fronda:
límpida en su cristal, pero muy honda.
¡Ah, tu pudor de aparecer desnuda
y clara y trasparente
a los profanos ojos, alma muda
que has soñado con ser como la fuente
recatada en la fronda:
límpida en su cristal, pero tan honda!

Esta flama de amor siempre encendida;
este sentir que el musgo se sonríe
al beso de mis miembros, este vago
suspiro que en la vida se deslíe
como en el manso lago
la breve gota matinal caída....
¡Y esta flama de amor siempre encendida!

Alma, soñaste ser como sedienta
corola inmensurable que perfuma
la extensión de los ámbitos; atenta
a todos los misterios; prevenida
a todos los temblores de la vida;

diligente al placer y presta al llanto;
y ser como un desmayo, como un triste
desmayo de potencias, en el santo
regazo maternal de lo que existe....

Luego, ser voz que asorde, y ser el verso
que cante en inflexiones poderosas
todo el vasto gemir del universo,
y todo lo posible de las cosas,
en ritmo sabio, enfático y diverso.

Ser lámpara de amor en la lejana
combustión de una estrella cuya lumbré
nunca habrá de llegar, y que es hermana
de la flama del sol que da en la cumbre.
Ser como el insaciable receptáculo
de toda agitación, de todo empeño,
grande en lo grande, leve en lo pequeño,
y ser, al par, vidente y espectáculo,
y ser el soñador, y ser el sueño.

Sentir el lazo espiritual, el fuerte

nudo que te mantenga constreñida
al divino pavor en que la muerte
es un ritmo de tantos de la vida.

Ser la pupila insomne, ser el ala
trémula siempre en lucha con el viento;
la mano imperturbable que señala
la excelsitud; y luego, en un momento,
ceguera, y paz, y desfallecimiento.

¡Oh, codicia interior que no se calma!
¡oh, clamor que no cesa en su porfía!
¿Cuándo será aquel día
que llene el ansia de tus ojos, alma,
conturbada alma mía!

A una piedra del camino

Piedra musgosa, cabezal pequeño
en que apoyé la sien, en que dormida
la carne frágil, ascendió la vida...
Gracias te doy porque me diste un sueño.

La hierba gris humedecida al lloro
de la reciente lluvia, era de plata,
y un pájaro gemía su sonata
bajo el tenue crepúsculo incoloro.

Seguí en mi afán el vesperal concierto;
el hilo luminoso de una estrella
me dió su escala, y ascendí por ella,
velado el ojo, el corazón despierto.

Yo ví, como Jacob, la maravilla
del profético sueño milagroso,
y en el breve durar de mi reposo,
bogué en un mar y regresé a la orilla.

Piedra musgosa, cabezal pequeño
en que apoyé la sien, tú recibiste
mi afán sin rumbo y mi cansancio triste....
Gracias te doy porque me diste un sueño.

A un alma ingénu

Tú que bajo de un árbol canturreas
vaga canción del céfiro aprendida,
cuerpo desnudo y alma sin ideas,
dame tus ojos para ver la vida.

Quiero sentirme cerca de las cosas
sin fieras trabas y sin torpes muros,
y dar al sol, al aire y a las rosas
mi ingenuo asombro y mis afectos puros.

Limpia de viejo mal, sin mancha alguna,
en tabla rasa convertir la mente,
como el niño que habla con la luna
repetida en las aguas de la fuente.

Volver a los espantos interiores
que ven duendes y trasgos en la estancia,
y vivir otra vez en los pavores
de una pueril y tímida ignorancia.

Sentirme como brizna arrebatada
por viento manso o por callado río;
temblar, llorar, sin que me mueva nada
sino el propio temblor o el llanto mío.

Asomarme al vivir como a un paisaje
extraño, huir el dogma, el viejo modo,
lo marginal, lo escrito, y en un viaje
de azoramientos, contemplarlo todo.

Entrar en el amor vistiendo alburas
de ropaje lunar, sin los delitos

de lascivia anterior, sin una impura
reminiscencia de ósculos malditos.

Sentir que el alma ante la vida toma
rara diafanidad e impulso leve,
impalpable y sutil como un aroma,
de blancura espectral como la nieve.

Por eso clamo a tí que canturreas
vaga canción del céfiro aprendida,
cuerpo desnudo y alma sin ideas . . .
¡dame tus ojos para ver la vida!

Los días inútiles

Sobre el dormido lago está el saúz que llora.
Es el mismo paisaje de mortecina luz.
Un hilo imperceptible ata la vieja hora
con la hora presente... Un lago y un saúz.

¿Con qué llené la ausencia? Demente peregrino
de extraños plenilunios, ví la vida correr...
¿La sangre?... De las zarzas, ¿El polvo?... Del camino...
Pero yo soy el mismo, soy el mismo de ayer.

Y mientras reconstruyo todo el pasado, y pienso
en los instantes frívolos de mi divagación,
se me va despertando como un afán inmenso
de sollozar a solas y de pedir perdón.

Estancias